

EL CORREO DE LA MODA.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por don A. F. Grilo.—En un Album (poesía), por doña Antonia Díez de Lamarque.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Peregrinación de las campanas, por Fernán Caballero.—Clemencia [continuación], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Labores, por idem.—Modas, por doña Aurora Pérez Miron.—LAMINAS: *Figurin*, núm. 768.—*Grabado de Labores*, núm. 25.

REVISTA DE MADRID.



O conoceis á Córdoba, mis queridas lectoras?

No ha llegado alguna vez hasta vuestros oídos el eco de su nombre; las regaladas historias de sus árabes palacios; el alegre concierto de sus jardines misteriosos; la sonora música de las ondas de su Guadalquivir; las melodías de sus enamorados cantares; el hervidero cadencioso de sus bosques, y todos los ecos, en fin, que vuelan por las recónditas grutas de sus dibujados vergeles?

Acaso yo no pueda hablaros de esa sultana hermosa de Occidente, porque he nacido bajo su cielo, y creereis, sin razón tal vez, apasionadas mis palabras.

No hace mucho tiempo que en una de mis humildes poesías, exclamaba yo de este modo:

.....
.....
.....

Entre el dudoso velo
Que despliega la luz de la mañana;
Bajo la frente virginal del cielo
Que corona á mi Córdoba Sultana,
Allí la madre mía
Se despierta á la voz de mis amores,
Cual se despiertan en la selva umbría
Los pájaros, las fuentes y las flores!

Estrañareis sin duda, indulgentes lectoras, que en la bulliciosa temporada de las tertulias, de los placeres y de los bailes de máscaras, os traslademos desde el elegante Madrid á una población, quizá desconocida para vosotras, y de la cual no tendreis un solo recuerdo.

Vosotras, sin embargo, lectoras mías, conoceis la fiesta de la Candelaria, que celebra la Iglesia el 2 de Febrero, día del Misterio de la Santa Virgen que lleva aquel nombre.

¡La Virgen de la Candelaria!! Vosotras sabeis que es muy hermoso recordar las costumbres de nuestra patria cuando suspiramos lejos de ella, y no estrañareis por consiguiente que os traslade en estos momentos á los campos de mi ciudad para que presenciéis un espectáculo maravilloso, cuya perspectiva no podreis olvidar tan fácilmente.

Hay en los alrededores de Córdoba un arroyo, que despues de nacer en los senos oscuros de las montañas de Sierra-Morena, y de reproducir en sus cristales el negro fantasma de los gallardos pinos que humedece, serpentea un cuarto de legua de la población con la alegría de un niño que andaba perdido y que divisa á lo lejos las puertas de su casa.

Cerca de la ciudad su camino es verdaderamente una larga cadena de rocas, y por eso se le dice desde muy antiguo *El arroyo de las piedras*.

El 2 de Febrero, día de la Virgen de la Candelaria, no hay un solo habitante en aquella bellísima capital que deje de acudir al arroyo, ya en alegre caravana, ya en círculo divertido y tumultuoso, ya por último, en alborotada y amena romería.

No hay una sombra bajo aquellos árboles, no hay una piedra en el pintoresco cáuce de aquel arroyo, no hay un grupo de flores en aquellas alfombras de verdura, donde no resbalen los juegos de un niño, la risueña tertulia de una familia, el abandono dulcísimo de dos amantes que se adoran.

En la Noche-buena tenemos en nuestros hogares un verjel de la casa que se llama Nacimiento.

El día de la Candelaria no puede darse Nacimiento mas vivo, mas poético, mas admirable, que el que figura la revuelta multitud derramada por aquellos pequeños montes, vecinos del arroyo cercano.

El sol puede decirse, que despierta ese día á todos los cordobeses á una misma hora.

El ruido de la capital, apenas la última sombra de la noche se ha perdido con los primeros albores de



la mañana, se asemeja al estrépito de un lejano río que se escucha en la soledad de un cementerio cuando muere la tarde.

El arroyo es, si se nos permite la frase, la Meca andaluza, que visitan los cordobeses ese día en magníficas caravanas.

La romería del Arroyo de las piedras es la emigración general de un pueblo verdaderamente fanático por sus costumbres, á uno de los mas hermosos lugares que presenta la falda de aquella sierra, paraiso donde durmieron los ángeles el primer sueño del Edén.

Dos años hace poco mas ó menos que nuestro respetable amigo, el ilustre poeta cordobés señor Duque de Rivas, saludaba conmovido los muros de su patria, donde acudía á presidir esas lides literarias, que se llaman *Juegos florales*, en las que tomaban parte los poetas de aquella poblacion.

Recordamos que el asunto religioso señalado para aspirar á los premios era el Sacrificio de Abraham: el asunto histórico la defensa de Astapa, y el asunto de costumbres *La Romería del arroyo de las piedras*.

El señor Alcalde Valladares, distinguido poeta que tambien ha bebido sus inspiraciones bajo aquel cielo deslumbrador, tuvo la suerte de conquistar el primer premio, ó sea un lindísimo pensamiento de oro, por su festiva poesía sobre este último asunto.

Todavía recordamos las primeras, fáciles y delicadas quintillas con que pinta la Romería.

Apenas el alba vierte
Esas auríferas blondas
Que dan á la noche muerte
Y en ricas perlas convierte
Del Bétis las claras ondas;

Así que el manto sombrío
De la luna se evapora,
Del sol ante el poderío,
Que al lirio enjuga el rocío
Como á una mujer que llora;

Entonces, lector, sucede,
Y no en mentiras me apoyo,
Que todo á la broma cede,
Y apenas andarse puede
Desde Córdoba al Arroyo.

Aquí un caballo arremete
Y salta con el gineté
Que le oprime con la espuela;
Allá va una carretela
Que no la alcanza un cohete.

Aquí un birlocho se vé,
Allí un tilburí atraviesa,
Allá corre un cabriolé;
Hacia acá viene un bombé,
Hacia allá va una calesa.

Esta es la romería del Arroyo de las Piedras.
Es decir, que hoy, mis queridas lectoras, habeis asistido conmigo á un día de campo.

No te mueras nunca, lectora mia, sin visitar alguna vez los vergeles de mi patria, los campos de mi niñez, el cielo purísimo de mis amores.

A. F. GRILLO.

LITERATURA.

EN UN ALBUM.

Dicen que puros y bellos
Sonrien tus lábios rojos,
Y que son vivos destellos
Del sol tus rasgados ojos,
Su luz reflejando ellos.

Diz que á más de tu hermosura
Eres de virtud modelo,
Y de apacible ternura
Fuente inagotable y pura
Dió á tu corazón el cielo.

¡Oh! jamás el alma herida
Sientas de acerbos dolores,
Y de ilusiones ceñida
Plácida corra tu vida
Cual aroyuelo entre flores.

Mas, ora grato y risueño
Sus dichas te ofrezca el mundo,
Ora con adusto ceño
Turbe el pesar iracundo
La dulce paz de tu sueño;

Siempre el aroma á tu lado
De la inocencia se aspire;
Siempre el tesoropreciado
De excelsa virtud guardado
En tu corazón se admire.

Y al grabar su horrible huella
La edad en tu frente pura,
La virtud cual clara estrella
Lucirá triunfante en ella,
Que es eterna su hermosura

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

V.

De Leóñor á Adela.

Dichosa tú que habitas en ese apacible recinto, sin experimentar esas terribles luchas de amor propio que roban su tranquilidad al alma; sin sostener esas encarnizadas batallas contigo misma, que solo dejan en pos de sí remordimientos y amargura!

Hoy tengo graves faltas de que acusarme!... Me avergüenzo de mostrarte toda la pequeñez de mi espíritu, pero en quién sino en tí, he de buscar consejo y fortaleza!...

Todavía está sin descifrar aquel enigma que te indiqué en mi última carta, y cuanto mas pienso en él, menos acierto á resolverlo...

Tiene razon Margarita? tiene razon mi tio?

¡Ah, él me repite sin cesar, que los aplausos que recibe una mujer coqueta son como esos ecos fugitivos que levanta en los bosques una ráfaga de viento. Se estingue el viento, y las selvas enmudecen!

Esto dice mi tio, y yo lo habia creido hasta ahora: pero no, no es verdad!

Leopoldo ama á Margarita con una pasion profunda, inestinguible! Tiembla en su presencia como un niño, se pone pálido ó encendido, segun es suave ó dura la inflexion de la voz de su tirana: una sonrisa de ella basta á hacerle dichoso mucho tiempo; basta á hacerle desdichado un solo movimiento de sus cejas.

Comprende sus pérfidos manejos y la adora: siente su corazon herido y bendice la mano que le hiere.

Por una estraña fatalidad yo he venido á ser la confidenta de sus penas; en mí busca consuelos cuando la desesperacion se apodera de su alma.

Pero lo creerás, Adela? No sé si es envidia, no sé si son celos ó justa indignacion lo que experimento al escucharlo. Lo que sé es, que sus apasionadas confidencias me hacen tanto daño, que daria toda la sangre de mis venas para arrebatár el esclavo á su conquistadora impertinente!...

A mí nadie me ama, Adela, por qué?... No me faltan obsequios y galanterias, pero amor!...

Volvamos á Margarita. Ella tambien parece tener celos de mí: la guerra empezada entre ambas á orillas del lago continúa cada vez mas encarnizada, mas terrible.

Porque entonces si me invitó á seguirla en su paseo, fué por interrumpir mi conversacion con Leopoldo!... Aquel dia no lo comprendí; ahora lo comprendo porque he visto renovada muchas veces la misma estraña escena.

Lo peor es que el mundo, que solo juzga por las apariencias, ¡viéndome acompañada constantemente por Leopoldo, le ha condecorado con el título de mi amante.

Cuando yo lo he sabido era ya demasiado tarde.

Me deslizaba ya por la rápida pendiente, que no sé adónde me conduce, y no podia detenerme...

Necesitaba explicarte todo esto, para que comprendas el suceso de que quiero hablarte....

Estábamos en un baile. Margarita se paseaba por el centro del salon, apoyada en el brazo de uno de sus infinitos adoradores.

De repente se paró delante de mí.

—Está Vd. triste? me dijo sonriendo. ¿Por qué? todavía no es tarde!

Y sus ojos se fijaron en la puerta.

Dió una vuelta, y otra vez se paró delante de mí, y otra vez me dijo con aire sarcástico.

—No viené? en dónde está?

Cómo ves aludia á Leopoldo! cómo ves se burlaba de lo que ella creía mi inútil expectativa!

La cólera me cegaba.

—Oye! me dijo Jacinta al oido, es que no va á venir esta noche?

—Qué me preguntas á mí? exclamé, sin poder contener mi enojo.

—Vaya, no te enfades, repuso Jacinta, ¿á quién se lo he de preguntar sino á tí? ¿Qué afán de negar lo que todas estamos viendo! Yo por mí me alegro, con tal de que hagas rabiar á la presuntuosa Margarita.

Quiso mi mala estrella que en aquel instante Leopoldo apareciese en el dintel de la puerta.

Al verle hubiera querido que me tragase la tierra.

Quizás no me comprendas, porque ni yo misma comprendo lo que pasaba en mi alma.

Solo te diré que me humillaba de antemano la idea de que despues de todas aquellas suposiciones, que en último resultado halagaban mi amor propio, él corriese á rendir incienso á los piés de mi rival y me dejase olvidada.

Margarita se habia sentado un poco mas allá de nosotras, y Leopoldo antes de llegar adonde estaba ella tenia que pasar por delante de mí....

Los minutos que tardó en atravesar por entre la multitud fueron siglos de tortura.

Por fin se acercó, inclinó la cabeza al verme, siguió adelante...

¡Siguió adelante, y yo sentí un dolor agudo en el corazon, como si penetrase en él la fria hoja de un puñal.

Por un movimiento rápido é instintivo dejé caer mi ramillete.

El ramillete fué rodando hasta los piés de Leopoldo, que se detuvo y le cogió.

—Bailo con Vd. este vals! murmuré en su oído, mientras él se inclinaba para dármelo.

Resonaban ya los primeros acordes de la música.

Me levanté y enlacé mi brazo con el suyo.

¡Dignidad, conveniencia social, decoro, todo lo hollaba, con tal de hacer que triunfase mi amor propio!

Después de bailar me empeñé en pasear con él por la sala, y yo no sé cuantas necedades, cuantas locuras le dije, para fijar su atención, para distraerle de Margarita. Debí decirle cosas muy extrañas, porque recuerdo las miradas atónitas que me dirigía, y su ademán confuso y sorprendido.

¡A pesar de esto, el infeliz no dejaba de mirar á mi rival, no dejaba de asechar la ocasión de escaparse de mi lado!

Fuí inflexible, y le obligué á bailar conmigo hasta tres veces...

Aquello era una especie de vértigo, de locura.... Por un lado veía, ó mas bien adivinaba, la burlona sonrisa que entreabría los labios de Margarita; por otro sorprendía las miradas de mis compañeras, fijadas en mí con una curiosidad indecible.

La batalla estaba empeñada delante de muchos testigos, y hubiera preferido morir á declararme vencida!

La última vez que bailé con Leopoldo era un rigodon. Margarita estaba enfrente de nosotros.

¡Esa mujer nunca pierde su admirable sangre fría!

¡Está tan segura de su poder, que nada basta á inquietar la satisfacción de su amor propio!

A pesar de que yo echaba el resto, hablando al oído de Leopoldo, aparentando una intimidad que no existía entre nosotros, jamás se inmutó en lo mas mínimo.

Solo al pasar junto á su víctima, en la última figura, advertí que sus labios se movieron, lo advertí mas que por nada, por el estremecimiento convulsivo que agitó todos los miembros de Leopoldo.

Acabado el rigodon, éste me condujo bruscamente á mi asiento, y desapareció.

Margarita triunfaba! me habia dejado hacer, y en el mismo momento en que ella lo habia querido el esclavo volvía á sus cadenas!...

—No podrás negarlo ahora? me dijo Jacinta al oído.

¿Pensaba lo que decia, ó era una burla mas sangrienta que las otras?

Un velo cubrió mis ojos, y sentí que lágrimas de fuego inundaban mis mejillas!...

ANGELA GRASSI.

PEREGRINACION DE LAS CAMPANAS.

En todos países han inspirado los sentimientos religiosos las mas tiernas, las mas cándidas, las mas morales y mas poéticas consejas. Conservadas en el pueblo tradicionalmente esas emanaciones del primitivo sentimiento religioso, es tal el encanto que aun en nuestra fría y escéptica era conservan, que muchas de ellas sirven á los artistas y poetas de asunto é inspiración.

El silencio que guardan las campanas desde el jueves hasta el sábado santo es debido, segun una de estas tradiciones, á que en esos dias solemnes van todas las campanas á Roma á pedir su bendición al Padre Santo.

Hemos visto una preciosa estampa inglesa que representa las campanas vestidas de peregrinas, esforzándose las chicas por alcanzar á las grandes, caminando apresuradas hácia Roma, la que se divisa en lontananza.

Como uno de los privilegios mas bellos y mas genuinos de la poesía es animar lo inanimado, vertiendo sobre toda la superabundancia de vida y de sentimiento que posee el poeta, no acertamos á explicar el encanto que hallamos en esta como en otras personificaciones debidas al hábil pincel de inspirados artistas. ¡Con qué sentimiento tan inexplicablemente suave y dulce hemos contemplado aquellas piadosas peregrinas, que satisfechas y reanimadas con la bendición del Santo Padre de los fieles, vuelven á sus puestos á cumplir su santa y bendita misión! Qué alegres recibirán en su iglesia al recién nacido! Qué solemnemente acompañarán al cadáver hasta que lo cubra la tierra! Con qué ahínco nos llamarán á oír misa! Y muchas darán las horas, recordándonos sus vibraciones, que se estinguen en el espacio, como se estinguen nuestras horas en la eternidad! Subid, benditas campanas, al regresar de la santa romería, á vuestras alturas, volviendo á emprender vuestra santa misión entonando en gozoso coro, el *gloria*!

En cuanto á la poesía, que puede ampliar mas la idea de lo que puede hacerlo el dibujo, traducirémos la preciosa composición que este asunto ha inspirado al sentido, elegante, y excelente poeta Mr. de Latour, el que como pocos ha sabido enriquecer á tan alto grado su cabeza sin empobrecer su corazón. Alexandre de Lavergne ha dicho: no tiene el corazón peor enemigo que la cabeza. En nuestra era en que la palabra *ciencia* se ha sobrepuesto á todas las demas, se deduce que la cabeza, paso de la ciencia, ha logrado la supremacía sobre el corazón, santuario de la fé, de la esperanza y de la caridad, así es que de ninguna manera se podría mas acertadamente

personificar nuestro siglo que del modo con que los franceses suelen retratar á sus hombres de ingénio, esto es, con una cabeza enorme sobre un cuerpo muy pequeño.

Caminante.

Campanas, cuya voz ha enmudecido durante tres días, ya que de Roma regresais, decidme, ¿qué habeis visto allí?

Campana.

He visto postrado ante el altar á un venerable anciano que rogaba á Dios por todas las criaturas del Orbe.

Era un Pontífice, un Rey lleno de magestad, ante el cual el tiempo parecia haber detenido su incesante marcha.

A él llegaban de continuo de encontradas regiones la amenaza, y sobre su cabeza rugía el trueno.

Alguna vez el augusto Pontífice vuelve su rostro, sonríe, y bendice clemente.

Luego volviéndolo á inclinar ante el altar, prosigue la oracion interrumpida.

Esto es, caminante, lo que he visto en Roma, y veinte siglos han visto en Roma otro tanto.

1863.

FERNAN CABALLERO.

CLEMENCIA.

Continuacion.

El resultado ni fué tal como Clemencia deseaba, ni dejó de sorprenderla. Su hermano, creyéndose superior á Julio, y desdeñando una fácil victoria, no se mostró mas estudioso; pero Julio reveló de repente una inteligencia que nadie habia sospechado en él. Escuchaba á Clemencia con una atencion estúpida, y poco á poco esta atencion se fué tornando rica de inteligencia. La dulce voz de la jóven impresionaba aquel entendimiento, rebelde á las lecciones de muchos profesores; y mientras Augusto con un pretexto cualquiera se alejaba, Julio rogaba á su maestra repitiese la leccion, escuchando con éxtasis sus palabras.

—Comprendeis, Julio? murmuraba dulcemente la jóven.

—Sí, sí, perfectamente, respondia el discípulo, repitiendo hasta las mas pequeñas observaciones que le habian hecho.

En breve el exterior de Julio se trasformó como su inteligencia: de audaz y grosero se volvió dulce y simpático. Sus padres se sorprendieron agradablemente con semejante cambio, si bien el Alcalde, que habia querido á su hijo mas por sus defectos que por sus cualidades, veia con sentimiento su visible cam-

bio, temiendo una metamórforsis mas real y positiva.

¿Era una excepcion Mr. Moreau? De ningun modo. Era uno de esos hombres frecuentes en nuestra sociedad, que prestan al dinero un culto que tiene algo de cómica gravedad. Mr. Moreau estaba muy lejos de ser un nécio, aunque mirase con predileccion á las personas que manejaban con mejor resultado su fortuna: hablaba con facilidad, aunque preferia callarse, y escribia con correccion, aunque preferia no cojer la pluma. Su carácter mas que brusco, ocultaba una calculada prudencia, y en todas sus acciones se revelaba un juicio muy recto y un profundo conocimiento del mundo.

Debiendo su fortuna al comercio, administraba la de la provincia con conciencia y desinterés, ostentando con orgullo la cruz de la Legion de Honor, lo que hacia esclamar á sus admiradores, que el Rey un dia le confiaria acaso mas altos destinos. En cuanto á su conducta privada, era un jefe de familia modelo, y para acabar de pintarle, diremos que era un hombre de cincuenta y cinco años, pequeña estatura, grueso, con bastante color, el cabello cano, las cejas espesas, y la mirada viva y penetrante. Ni debemos omitir que tenia una mano blanca y cuidada, que hacia admirar con mucha frecuencia.

Poco podemos decir de la esposa del Alcalde: era una mujer morena, de poco cuerpo, y tan amable como brusco su marido. Ella solo sabia reprimir el carácter de su marido, que la abandonaba al régimen interior de la casa, dominio que calificaban los maliciosos debia estar fundado en alguna infidelidad de su marido.

Este rumor indirecto corrió mas de lo conveniente, y fué necesario que las costumbres puras de ambos esposos le desmintieran, obligando á confesar á los vecinos de C... que el señor Alcalde era un modelo de maridos, y su mujer la mas feliz de las esposas.

Cuando terminó el luto de la familia Ogé, el Alcalde y su mujer les invitaron á continuar sus reuniones, á lo cual madre é hija dijeron haber renunciado. Mr. Moreau añadió que al menos frecuentasen otros salones, y para ello habló del talento de Clemencia y de lo conveniente que seria ya pensar en establecerla. Todas las instancias fueron inútiles, y ni en casa de Mad. Ogé ni en casa del Alcalde, donde con frecuencia habia cantado Clemencia en vida de su padre, se prestó á cantar, dando con su negativa un verdadero pesar á Mad. Moreau, que segun su observacion musical, Clemencia lucia doble en sus salones por las excelentes condiciones acústicas que tenían.

La jóven celebró este resultado, porque su carácter era inclinado al retiro, y sus antiguos triunfos se representaban á ella como un pesar al recordar la alegria que causaban á su padre.

Por otra parte, los cuidados que le ocasionaba la educacion de su hermano, le ponian en la necesidad de instruirse mas y mas, inspirándole aficion á ocupaciones mas graves. La lectura ocupó la mayor parte de sus horas, desarrollando su inteligencia y evitándole los peligros que proporciona á una jóven de veinte años la ociosidad. Resignada con su suerte, ni siquiera pensó en mejorar de posicion, sometiéndose sin darse cuenta de ello á la secreta voluntad de su madre, que habia resuelto que su hija no debía cäsarse.

Para Mad. Ogé la vida se reasumia en estas frases: el porvenir de Augusto. A este porvenir todo debia inmolarse sin compasion. Esté era su sueño, su única ambicion; no hablaba de otra cosa á Clemencia noche y dia, y como ésta con su natural generosidad no se ofendiese, habia acabado por identificarla á sí propia, y asociarla á todos sus sacrificios. Augusto era á sus ojos el jefe de la familia, el señor y amo de la casa, sin que el mismo jóven tuviese conciencia del dominio que ejercia, aunque avanzase con paso firme en esta senda fatal, sin poner límites á sus exagerados caprichos.

Lejos de entregarse á los estudios que sus diez y siete años exigian, pasaba las horas enteras en estudiar posturas, componer su traje y dar rienda suelta á su exagerada vanidad, lo que hacia sonreir á su cándida madre, encantada con la hermosura de su hijo. Sin embargo, como la vanidad no suele ser compatible con el amor al estudio, Augusto declaró un dia que era inútil pagar el colegio, ni darle mas lecciones, que estaba resuelto á no aprender: que esperaba obtener un destino en la misma aduana, para el cual le protegería la memoria de su padre, y en efecto, gracias al apoyo del Alcalde, en breve obtuvo la humilde plaza que deseaba.

Como consecuencia del dominio de Augusto, fué necesario quebrantar los mas firmes propósitos: en vano su madre y hermana renunciaron al mundo, porque como habia muchas casas donde nadie se acordaba de invitar al jóven, pero que hubieran acogido á Clemencia con orgullo por su hermosa voz, fué preciso que ambas se presentasen de nuevo en los salones. A pesar de los gastos que esto ocasionaba no se prescindió de un baile ó de un concierto, sobre todo si á él se unia alguna succulenta cena, porque Augusto era como su padre, aficionado á los placeres de la mesa, y para él renovaba su madre toda su habilidad culinaria.

Julio Moreau siguió distinta senda que su jóven camarada. Una vez iluminada su inteligencia, siguió con fé el camino de actividad y rectitud que habia emprendido, continuando sus estudios de filosofia: queriendo á su vez devolver á Augusto la inteligencia que le debia, ó mas bien á su hermana, todos los dias asistia con puntualidad á casa de Mad. Ogé á dar á

su amigo algunas lecciones que éste no se cuidaba de aprender, y con frecuencia desaparecia á la mitad de ellas, dejando solos á Clemencia y Julio, que sostenian diálogos llenos de interes y poesia, respecto de la grandeza de Dios y de la inmortalidad del alma.

III.

Amor de niño.

Era una hermosa tarde de Estío: el calor sofocante de todo el dia iba poco á poco desapareciendo, merced á la consoladora brisa que hacia ondular las plantas y las flores, dilatando su perfume por el espacio. Augusto habia salido con su madre, y Clemencia, sola, en la sala principal, sentada delante de su piano, dejaba correr sobre él sus manos con abandono.

El silencio que en la casa reinaba hacia resaltar mas las notas melodiosas, á las que se unió en breve la voz fresca y sonora de Clemencia, entonando una bellísima romanza, que su padre preferia á cuantas ella cantaba, y el solemne repóso que se advertia en torno de la jóven pareció aumentarse entonces como si los espíritus de la soledad temiesen turbar aquel santo recuerdo de amor filial, ó impedir que aquel tierno suspiro volase al cielo. A su padre en efecto era á quien se dirigia, porque nadie la escuchaba en la tierra. Nadie?... No era así: hacia un instante que la puerta de la sala habia girado silenciosamente, y en ella se detuvo un jóven, que de seguro hubiera querido avanzar y que, clavado en aquel sitio, ni respirar osaba. Muchos meses hacia que ansiaba una ocasion de hablar á solas con Clemencia, y cuando se presentaba ese momento, anhelado con todo el ardor de un corazon de veinte años, permaneció inmóvil, porque el alma vacila siempre al trocar el sueño por la realidad. Poco á poco su respiracion fué mas natural, no trató de comprimir los latidos de su corazon, y escuchó sereno el canto de la jóven. Dios sabe hasta cuando se hubiera prolongado esta difícil situacion, si Clemencia no hubiera abandonado su piano, dirigiéndose á la ventana, por la que apenas penetraba ya el moribundo dia. Entonces creyó ver una sombra fija en la puerta, y murmuró.

—¿Eres tú, Augusto?

—No, señorita, exclamó una voz perceptible apenas.

—¡Ah! ¿es Julio? añadió la jóven, creí que os habiais ido hacia mucho rato.

—No, osperaba á vuestro hermano en su cuarto; me dijo al salir que no tardaria... y he aprovechado el tiempo en escribir...

—La leccion sin duda? vuestras bondades acabarán por avergonzar á vuestro amigo. Pero en lugar de tomaros ese trabajo podiais haber estado en esta

sala, y como yo estoy acostumbrada á presenciar los estudios de ambos, hubiera podido apreciar vuestros progresos, que me complacen mucho.

—¿De veras? Murmuró el jóven con acento tímido.

—Ciertó, añadió Clemencia sonriendo.

—Ah! acaso hoy no me hubieras comprendido: creo que ni comprendereis las líneas que he trazado en este papel... pero no, todo lo que en él he escrito es absurdo, ninguna de estas frases dicen lo que quisiera expresar mi corazón.

Clemencia contempló sorprendida al jóven que retrocedió dos pasos, al tiempo que la luna penetrando por la ventana iluminó su rostro descompuesto. Clemencia guardó silencio, sin comprender lo que pasaba, ó mas bien temiendo adivinarlo, hasta que repuesta de su primera impresion, murmuró con un tono que afectaba serenidad:

—Es demasiado tarde, caballero... acaso mi hermano tardará en volver.

—Por qué no me llamis como siempre, Julio, acaso habeis adivinado que os amo, acaso os ofende mi amor?

Al pronunciar estas palabras, que hicieron asomar las lágrimas á sus ojos, Julio manifestaba toda la pasión del hombre, unida á la candidez del niño.

—Lo que haceis en este momento merece una severa reprensión, murmuró Clemencia cada vez mas turbada. Esa agitacion...

—Es natural, es justa: os amo hace mucho tiempo, y mi cariño está fundado en vuestras bondades, en vuestra generosidad. Cuando en la primera leccion me hablasteis con tanta dulzura, sentí que mi sér se regeneraba, y si me he aplicado despues no ha sido por afición al trabajo, sino porque en ello os daba gusto. Todo lo que me esplicabais se grababa en mi mente con caracteres indelebles, y cuanto soy y cuanto puedo llegar á ser os lo debo. Vos habeis cambiado mis instintos agrestes en nobles y generosos, y por agradaros, hasta hubiera querido que Augusto me aventajase, porque conocia que os apesadumbraba verme superior á él. ¿Os sonreis? Teneis razon! A pesar de mis diez y nueve años parezco un niño al hablaros de estas pequeñeces, en vez de repetiros que os amo con toda mi alma.

—Silencio, Dios mio! si alguien os oyese! murmuró Clemencia conmovida.

Ambos guardaron silencio algunos instantes, silencio mas embarazoso que las mismas palabras, y al que puso término Clemencia exclamando con tono de dulce reconvencion:

—Si verdaderamente no os habeis propuesto darme un disgusto, tranquilizáos olvidando cuanto habeis dicho.

Julio se levantó, enjugó sus ojos, y con voz entrecortada, pero firme, exclamó:

—No teneis mas que mandar y obedeceré: no hay esfuerzo por grande que sea que yo no esté dispuesto á hacer por complaceros. Bien lo veis, ya estoy tranquilo; yo ocultaré á todos, hasta á vos misma, este sentimiento que abrigo en el alma hace cinco años; pero no amaros, es imposible. En esto no os obedeceré aunque me amenazáseis con vuestro odio. Comprendo que soy indigno de vos, que me falta hermosura y talento para mereceros, pero no importa. Si me permitís amaros sabré ser en breve superior á los demas hombres. Aquí no sois dichosa; vuestra madre no se ocupa mas que de Augusto, y os sacrifica á él; á mi lado, en mi casa, sereis la primera, y todos os amaremos. No pido ahora que adopteis semejante resolucion, pero permitidme amaros, acostumbráos á la idea de ser amada por mí: hé ahí lo único que pido.

El acento de Julio, áspero de ordinario, era dulce, insinuante, y armonizaba con el misterio de la noche que daba aun mas encanto á sus palabras. Clemencia, llamando en su auxilio la razon, añadió lentamente.

—Jamás olvidaré lo que acabo de oír, y servirá para afianzar mas en mi alma el afecto que os profeso; pero sois un niño, y como ellos abrigáis quiméricos proyectos. Olvidais que tengo mas edad que vos?

—Un año quizá.

—Os engañais; he cumplido veinte y uno, y vos contais diez y nueve. Cuando penseis en casaros dentro de seis ó siete años, seré una vieja para vos, y la misma discordancia de edades habria en las demas condiciones. Si á vuestros padres les dijeseis lo que me habeis dicho á mí, se burlarian de vos.

—Mis padres! no les calumnieis: mi padre no es tan intratable como se afirma, y contaremos ademas con el apoyo de mi madre. El solo obstáculo invencible es vuestra voluntad: concededme una esperanza, una sola palabra que pruebe que no os burlais, que teneis piedad de mí.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LABORES.

La estrella ejecutada á *crochet* que ocupa el primer lugar de nuestro grabado, es una de esas labores que se prestan á mil combinaciones distintas, bien para formar antimacasares, guarniciones de cama, de peinadores, de pantalon de señora y demas, agrupando muchas iguales ó formándolas en hilera.

Se principia por formar un círculo de 16 ps. sencillos de cadeneta.

1.^a *Vuelta*.—Alrededor del círculo 8 barras separadas por 4 ps. s., y por 1 en el pié.

2.^a—Toda de puntos dobles haciendo dos en vez de uno sobre cada barra.

3.^a—8 barras dobles colocadas encima de las anteriores y separadas entre sí por 8 ps. s.

4.^a—Toda de puntos dobles, ejecutados dos en vez de uno sobre cada barra.

5.^a—Toda de bar. separadas por 2 ps. s., y 1 del pié, ejecutando los mismos 8 crecidos en el círculo.

6.^a—2 bar. en un solo punto, 5 ps. s., en este último punto tres presillitas, la del centro de 5 puntos y las otras dos de 4, 5 ps. s., se deja una barra por medio de las del círculo y se vuelve á empezar desde 2 bar. juntas, etc.

El algodón para esta labor será de Irlanda y del grueso que convenga según el objeto á que se destine.

La segunda labor es un calado de aguja, llamado *punto de arroz* por el granito que forma el dibujo, y es muy á propósito para fondo de pañuelo, colcha, cortinaje, etc., guarneciéndole con alguna de las lindas puntillas del mismo género que enriquecen la colección que poseen ya nuestras lectoras.

Se ponen en la aguja el número de puntos que se quieran, pero divisibles por 6.

1.^a *Vuelta*.—2 ps. lis., *1 trab., 1 meg. sobrec., 1 lis., 1 meng., 1 trab., 1 lis.; se repite desde la señal *, y se termina la vuelta por 2 lis.

2.^a—Todas las vueltas pares se ejecutan lisas al revés.

3.^a—3 lis., *1 trab., 1 meng. doble sobrec., 1 trab., 3 lis.; se repite desde la señal. *

5.^a—2 lis., 1 meng., *1 trab., 1 lis., 1 trab., 1 meng. sobrec., 1 lis., 1 meng.; se repite, * y termina la vuelta con 1 meng. sobrec., y 2 lis.

7.^a—1 lis., 1 meng., *1 trab., 3 lis., 1 trab., 1 meng. doble sobrec.; se repite, * y termina la vuelta por 1 trab., 1 meng. sobrec., 1 lis.

Después de ejecutar la correspondiente vuelta del revés, se vuelve á principiar por la primera vuelta, hasta dar á la labor la estension necesaria.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 768.

TRAJES DE CALLE.

FIG. 1.^a *Vestido Redingot almirante*, de seda, de medio color, adornado de terciopelo grosella y muletillas de pasamanería de igual color.

Este traje, de hechura enteramente nueva y muy distinguida, se compone de *falda* cortada en nesgas, para que forme algunos, muy pocos, pliegues por delante, y por detrás dos grupos de frunces cubiertos cada uno con una escarapela color grosella que queda mas baja que el cinturón; y *cuerpo* alto, con cuello derecho de dos centímetros y grandes solapas forradas de terciopelo, sostenidas en el ángulo por muletillas semejantes á las que en vez de botones acaban de cerrar el cuerpo, guarnecido de un vivo de terciopelo. Adornan este traje un volante al canto de 16 centímetros montado á gruesas tablas, entre las que bajan patas de terciopelo sujetas por un biés del mismo, que se continúa por delante, figurando cerrar el vestido en todo su largo, muletillas colocadas encima del biés y á los dos lados por delante, y cinturón también de terciopelo con hebilla dorada. La manga es recta y lleva el mismo adorno, y los bolsillos carteras del mismo terciopelo.

Sombrero de terciopelo epínglé del color del vestido con cordón de terciopelo grosella al pié del ala, y tres patas flotantes sobre el bavolet, alto, de blonda negra, y le completan por delante otro cordón grosella con rizado epínglé, y dos plumas de ambos colores al borde mismo del ala. Bridas grosella.

FIG. 2.^a *Vestido* de seda azul adornado de bullones de la misma tela, terciopelo negro y borlas argelinas de seda negra.

Falda con ancho biés de terciopelo negro en el bajo, y encima dos bullones azules que dejan ver las dos orillas del biés, y otro biés estrechito mas alto: otros dos bieses de terciopelo, uno ancho y otro estrecho, bajan por delante hasta media falda, subiendo sobre la cadera, y descienden por detrás figurando una gran aldeta ó faldón cuadrado, guarnecido de uno á otro ángulo de ricas borlas así como las puntas de adelante: estos terciopelos van cosidos por las dos orillas.

Cuerpo alto, de talle redondo, con cinturón de terciopelo y escote cuadrado, figurado por bieses de terciopelo.

Manga recta adornada como el resto del traje.

Sombrero de felpa, de ala plegada, y cada pliegue sostenido con un botón de nacar: al pié del ala va un biés bordado de azabache con presillas del mismo, que figuran sostener el bavolet de pluma blanca. Lazadas de terciopelo adornan el interior del ala, y las bridas nacen de muy atrás, marcando un bullonado á cada extremo del ala.

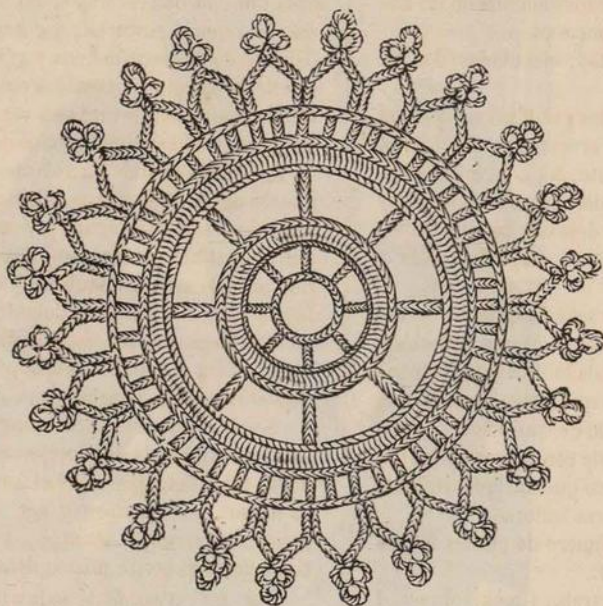
AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

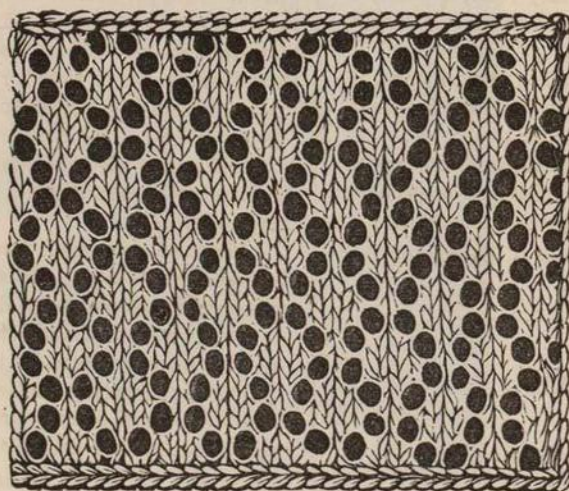
MADRID.—1865.

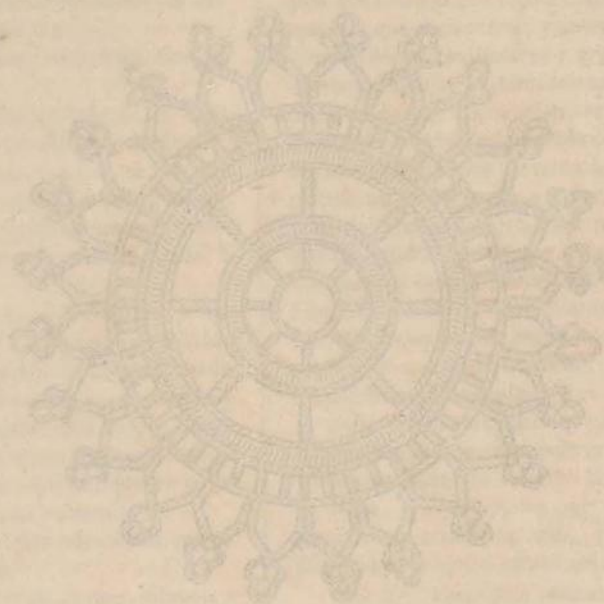
IMPRESA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.

1



2







Paris, 1873.

Julie B...

M. Bonheur, Ed. à Paris.

768

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92

Coiffures de M^{me} Amélie, r. St. Augustin, 47. - Modes de M^{me} Morison et de Ricqlès, rue de la Michodière, 6.
 Fleurs de Herpin-Leroy à la Belle Marée, rue Montmartre, 130. - Dentelles de Monard, rue des Fourniers, 42.
 Sous-jupes acier E. Creusy, r. Montmartre, 133. - Corsets de la M^{me} Simon, rue St. Honoré, 183.
 Robes et Passementerie Ala Ville de Lyon Ch^{se} d'Antin, 6. | Parfums de Violet f. de S. M^{le} Impératrice, r. St. Denis, 317.

Entered at Stationer's Hall LONDON S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, W.C. MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena

